

# LAS CORTES DE CÁDIZ

---

**H**s seguro que muchas personas se preguntarán: ¿qué significación tiene el Centenario que se va á celebrar en España en recuerdo de la Constitución de 1812, primer paso de aquel país en el camino abierto por la Revolución Francesa? La respuesta es obvia: para la Península Ibérica y para su vasto imperio de entonces, fué como el despertar de un viejo letargo; como el amanecer de un día soñado por unos cuantos redentores, más bien que esperado por las grandes masas, ignorantes todavía de la trascendencia de aquel gran alumbramiento. La independencia por la Patria penetraba en todos los corazones; la conquista de la libertad tropezaba con el escudo herrumbroso de los siglos y aislaba las conciencias. Tanto más valiente, por eso, fué la osadía de aquellos legisladores.

Ciertamente que no estaba aún demasiado lejana la época de Carlos III en que los Campomanes, los Aranda, los Floridablanca, los Cabarrús y otros insignes hombres de Estado, tomaron un pueblo, como se toma una materia maleable y lograron modelarlo conforme á su ideal de progreso. Pero desapareció el monarca, desaparecieron los artífices y se desvaneció el ideal casi como por ensalmo. Algo de esto pasó con las Cortes de Cádiz; mas, de uno y otro esfuerzo, la semilla sembrada no se perdió por completo, á pesar de las tormentas que sacudieron la planta recién nacida y de

los vendavales que abatieron los primeros frutos.

Las Cortes fueron, y de su noble vida y de su gran entusiasmo por la independencia y por la libertad, guardará la Historia, mientras exista el culto por el valor y por el desinterés, algunas de las páginas más propias á conciliarnos con ciertos aspectos de la evolución humana.

Es verdad que el progreso se ha debido siempre á pensadores poco numerosos; á minorías que alcanzando escasa fuerza material, son las encargadas, sin embargo, de sacudir la antorcha luminosa sobre las tinieblas de lo futuro, para que la masa sepa por dónde debe marchar, y, en este sentido, el grupo de hombres ilustres que rodeó á Carlos III y los patriotas que se reunieron en las Cortes de Cádiz habían de imponer su criterio acomodado más tarde á la realidad, por encima de todos los obstáculos que la tradición, la rutina, la soberbia y la barbarie, aglomeraron á su paso.

Aquella milagrosa epopeya, realizada en la Península Ibérica, contra el árbitro entonces de los destinos del mundo, no fué la obra de un Gobierno, sino la hazaña de un pueblo que se suponía enervado y envilecido por la completa degradación de sus monarcas. La equivocación constituyó un verdadero desastre para el Coloso. De Bailén á Santa Elena, se tiende un cable oculto por el cual, entre derrotas y triunfos, corrió sin descanso